

## DOS MANOS, DIEZ DEDOS TWO HANDS, TEN FINGERS

Creo que desde que tuve uso de razón siempre quise ser músico. Violinista. Aunque seguramente la idea que tenía formada en la cabeza acerca de ello era mucho más lúdica de lo que realmente significa ser músico. Pero eso no fue impedimento para que los años pasaran más o menos a mi favor y poco a poco me fuera formando como instrumentista. Sin ningún impedimento (ni físico, ni anímico, ni familiar...) fui enfrentándome a mi crecimiento sin plantearme cuántas cosas estaban de mi parte. Simplemente, como cualquier niño, dispuse de mis cualidades y las puse al servicio de aprender sin demasiada preocupación.

A los quince años tuve mi primer encuentro con una auténtica medición de mis aptitudes musicales cuando me presenté a una prueba para obtener una plaza como becario en la Orquesta Ciudad de Valladolid y, debido a que mi preparación distaba mucho de ser la necesaria, me quedé con las ganas. Situación que sólo incentivó mi deseo de seguir con más convencimiento en esto de ser músico y en prepararse para ello.

Ese convencimiento era fuerte pero no lo suficiente como para dedicarle al violín lo que requería, porque mi adolescencia no fue precisamente de entrega al esfuerzo sino que fue una etapa en la que me limité a cubrir el expediente de mis estudios, incluidos los musicales. Esto se prolongó hasta que, con 17 años, después de haberme quitado de encima el dichoso C.O.U., tomé la decisión de dedicarme exclusivamente a formarme como violinista, y a corregir lo que hasta ese momento había aprendido mal y aprender todo lo que aún me faltaba para completar las asignaturas que conformaban el Título Superior de Violín. Fueron unos años en los que tuve que entender que sólo con cinco deditos en cada mano y con muchísimo esfuerzo, ahora sí, tenía que intentar alcanzar lo que estuviera a mi máxima altura. Era el momento. Lo más alto para mí no era demasiado para otros, pero ésa era mi meta y estaba dispuesto a salvar las trabas que fuera encontrando, que no fueron pocas. Pero no importaron.

For as long as I can remember I wanted to be a musician. A violinist. Although probably my idea of being a musician at that time was much more about having fun than about what it actually means to play an instrument. That did not prevent me, however, from being lucky enough to eventually receive training as an instrumentalist. Suffering no handicap (physical, psychological or environmental) at that time, I covered the successive stages involved in reaching adulthood without ever thinking of the many advantages I enjoyed. Like any other child, I just drew on my skills and used them for the purpose of learning without caring much for anything else.

At the age of fifteen I was confronted for the first time with an evaluation of my music skills as I sat for an exam in order to compete for a studentship at the Orquesta

Ciudad de Valladolid. Since my training was not up to the required standards, I missed that opportunity. That episode only encouraged me to persevere even more in my determination to become a musician and to continue studying with that goal in mind.

That determination was strong in me, yet not strong enough to make me spend as much time and effort on the violin as I should, since my teenage years were not precisely characterized by hard work: I was happy enough with just scraping through my exams –music included. This situation went on until at the age of seventeen –after having at long last finished my regular high school training—, I made the decision to devote myself to my violin studies on an exclusive basis: correcting anything that I had not learned properly and learning everything I still needed to learn in order to obtain my degree in violin. Those were years when I had to come to terms with the fact that I had to do my utmost –this time in earnest— by working very hard and conscientiously exercising every single finger in my two hands to reach my aim. The time was ripe. What I called ‘my utmost’ was not perhaps all that demanding for other people, but it was my goal at any rate and I was willing to overcome whichever obstacles I found along the way. As it turns out, I came across quite a number of such obstacles: but it did not matter.

Ya se sabe que el músico (como artista) siempre ha de tener delante un espejo en el que mirarse para no perder de vista sus defectos. Espejo que a veces te refleja enorme, fuerte, seguro, pero espejo en el que también se ve lo diminuto que es al lado de otros. Sin embargo, teniendo claro dónde está tu lugar, este agravio comparativo se puede sobrellevar. Al fin y al cabo siempre hay un último atril que llenar en alguna orquesta... En todo caso, no había demasiado tiempo para invertir en dudas a cerca de tu exacto lugar en el mundo. Lo que estaba justo delante era lo único que importaba, y eso era un repertorio repleto de dificultades técnicas a veces impracticables, que debían ser acometidas con mis dedos, mis manos, mis brazos, mi cabeza, aunque estuvieran mucho peor dotados que los de otros.

A pesar de todo, inconscientemente, había algo que me animaba a querer llegar a sitios realmente dificultosos para mí. Esa inconsciencia y un programa de estudios que había que cumplir sí o sí me iban llevando a una continua superación de la que, ahora, creo que no supe disfrutar. En pleno pedaleo de escalada no me daba cuenta de lo dulce que es disponer de un cuerpo que funciona prácticamente al 100%. Con limitaciones, muchas, pero al máximo de sus posibilidades. Posibilidades que iban dando sus frutos poquito a poco pero muy generosamente, porque hasta los 22 años nunca supe lo que era enfrentarme a otra cosa que no fueran mis propios miedos, mi vagancia o mi desánimo. Esos fueron mis grandes enemigos hasta entonces. Eran grandes, sí, pero miniaturas de enemigo si las comparo con lo que me encontré llegando casi al final de mi carrera académica.

It is a well-known fact that musicians –and artists in general— must keep a mirror in front of them at all times so as not to lose sight of their own flaws. Such a mirror sometimes shows you a strong, large, self-confident image of yourself; but it is also apt to give you back your own shrunk reflection by comparison with others. And yet, if you have a sound idea of where you stand, such unwelcome comparisons can more or less be coped with. After all, there is always bound to be some vacant music stand to fill in

one or another orchestra –no matter how modest the position is... Be it as it may, I did not have much time for that kind of hesitant self-questioning about my own place in the world. The only thing that really mattered was what lay right in front of me: a comprehensive repertoire of technical difficulties (sometimes unsurmountable) which I had to tackle with my fingers, my hands, my arms, my brain –even if I was worse-equipped in this regard than others.

In spite of everything –and in an unconscious way— something inside of me kept egging me on towards goals that were truly difficult for me. My own lack of awareness, as well as the existence of a course of studies that had to be completed whether I liked it or not, pushed me along a road of constant struggle which I now understand I was unable to enjoy as I should have. As I was pedalling uphill, I did not realize how delightful it is to be able to rely on a body that is fully operational. With its many limitations –no doubt about that—, but working to its full potential. And this potential very gradually –yet on the whole quite generously— was already bearing fruit. Indeed, until the age of twenty-two I only had to struggle against my own fears, my laziness and my disappointments. Those had been my big enemies up until then. And they were certainly big, but nothing when compared to what was awaiting me as I was about to finish my academic course of studies.

Un estúpido y muy evitable accidente doméstico me dejó bien clarito y de una sola vez lo mucho que había tenido a mi servicio toda la vida y lo poco que lo había valorado. De repente mi mano derecha ya no era la mía. Era una mano que después de superar una dura rehabilitación, podría, quizá, servirme para sujetar un vaso o abrir una ventana... Efectivamente, lo incierto de aquella situación llegó a ser realidad. Desde aquel año (1992) se puede decir que entré en la paraolimpiada del violín. Usando el término ¡con todo el respeto! Tuve que readaptar todo el conocimiento que había retenido para la óptima utilización de la mano del arco, porque ya no tenía ninguna sensibilidad en casi toda la mano y las funciones motoras se habían reducido a una tercera parte. Era un reto que durante seis meses pensé que ni siquiera iba a lanzarme a él, pero que de la noche a la mañana acometí con toda la naturalidad. Era la naturalidad de alguien que no quería dejar plantado todo el trabajo que había hecho, ni quería dejarse vencer por una "tontería". No lo hice por demostrarle nada a nadie, ni siquiera a mí mismo. Empecé a agarrar el arco como pude porque era eso lo que había estado queriendo hacer toda mi vida y simplemente no dejé que se me escapara.

Puede que fuera una osadía sujetar el arco como lo sujeto. Puede que el gran repertorio clásico al que optase ahora se viera reducido dramáticamente para mí. Puede que alguien se preguntara dónde tenía mi dignidad como violinista. ¿Y qué?

Ahora se abría ante mí un camino en el que sólo yo marcaba los límites. En el que la dificultad no estaba a la vista como una cumbre que siempre tienes claramente delante de tus ojos, coronada con nombres como Brahms o Tchaikovsky. Ahora el reto era ir dando un paso detrás de otro apoyado en mi propia confianza y mi propia intuición, definiendo mi propio destino, sin atragantamientos. Un camino en que no había huellas que seguir y en el que te puedes sentir tan solo como libre. En realidad es esto lo que se debería perseguir siempre (creo), pero a mí me han tenido que pasar algunas cosas para ir entendiéndolo. Y digo algunas porque mi historial de desaguizados no se queda en aquel susto.

A stupid –and perfectly avoidable— domestic accident suddenly showed me with absolute clarity how much had been available to me during my whole life and how little value I had attached to it. Overnight my right hand was no longer mine. At best, and after a long and painful rehabilitation, I would be able, maybe, to hold a glass or open a window... My earliest fears became true. Since that year (1992) you may say that I joined the ‘paralympic games’ of violin (I use the term with full respect). I had to readjust all the knowledge I had acquired concerning the right use of the bow hand, since practically all my hand had lost its sensitivity and the motor functions were cut down to a third. It was such a challenge that for six months I did not even feel that I was willing to take it. And yet I suddenly saw myself facing that challenge in the most natural way: it was natural because it was born out of my determination not to waste all the work that I had done so far and not to surrender to the consequences of a ‘silly’ accident. I did not do it for the sake of proving anything to anyone –not even to myself. I just started by holding the bow again as best I could because that is what I had been wanting to do all my life. And then I simply did not let it slip from my hand.

Maybe holding the bow the way I did after the accident was a wild thing to do. Probably the wide classical repertoire that used to be available to me would now be drastically reduced. Perhaps someone would even wonder whatever had happened to my sense of ‘decorum’ as a violinist... So what?

A new road opened before me now, and I alone would set the boundaries. The challenge now was not the obvious one of having to climb a visible summit on top of which lay the names of Brahms or Tchaikovsky. The challenge now consisted in taking one step after another on the basis of my own self-confidence and intuition –thus defining my own destiny without being hustled by anything. There would be no footprints to follow on that road: I would feel just as lonely as I was free. In fact, this is (I believe) what we should always strive for. Only, in my case, several things had to happen to me before I could fully understand it. I say ‘several’ because my misfortunes did not end with that accident.

Con 31 años me diagnosticaron artritis psoriásica; una dolencia muy común y que puede llegar a ser bastante invalidante dependiendo del grado de afección y del dolor que ésta provoque. En mi caso no fue poca la afección y esta vez mi fuera de juego fue mucho más evidente y más intenso, porque llegué incluso a caminar a duras penas. Por supuesto, el violín, la música, y la vida de músico era algo que se me quedaron muy lejos durante casi 3 años. Pero una vez más, la suerte y la ciencia médica se pusieron a soplar detrás de mis velas y me brindaron de nuevo la posibilidad de alargar mi tiempo en la partida que había tenido que abandonar en contra de mi voluntad. ¡Bola extra!. Y así, tirando de la experiencia anterior, me tuve que volver a enfrentar a reencontrarme con el instrumento que me esperaba dispuesto a darme lo que yo le pidiera. Con más trabas aún. Con unas manos que no son, ni mucho menos, las del contorsionista digital que casi es todo violinista, pero que son las de alguien que prefiere mantenerse dentro del círculo de invitados al festín de la música antes que renunciar a ello. Son mis manos y son las que me dejan disfrutar de algo a lo que yo quiero llegar y, aunque no llegue nunca, procuraré disfrutar del viaje. Después de todo, la vida no es más que un cúmulo de intentos, ¿no?

When I was thirty-one I was diagnosed psoriatic arthritis: a very common disease that can prove quite disabling, depending on the degree of involvement and the extent to which the condition is painful. In my case, the involvement was considerable and the impairment caused was much more evident and much deeper than before: there came a point when I found it very difficult even to walk! Needless to say, for three years the violin and my musical career were altogether banished from my life. But once again, good luck and the medical sciences became powerful allies and billowed my sails. In this way I was offered some extra time in that match which I had been forced to leave against my will. An extra ball! And so, tapping my previous experience, I was once again confronted with my dear old instrument. There it was: ready to give me whatever I asked for, in spite of the fact that my constraints were bigger now... My hands were by no means those of a finger contorsionist (practically all violinists are!). But they were the hands of someone who insisted on staying at the banquet of music and would not give up its delights. They are still my hands: they help me enjoy my quest for my own goals. Even if I never get there, I shall try to enjoy the journey. After all, life is but a series of attempts, isn't it?

Alberto García